

pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina trasparente que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas de tal modo que la boca, media abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogidas en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus pies «no por servicio sino porque le había cobrado afición», y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?—«¡Mi niñita: mírenla qué galana está hoy: si le voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro! ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Conque, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé que tiene la niña Adela, que está como aburrída.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnicita fresca? Ayer maté un cochito, que está de lo más blando; era el cochito rosado, y la carne está como merengue. ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: «yo sirvo a mi dueña». Voy a poner la puerta de mi casa llena de tuestos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: «porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!»

JOSÉ MARTÍ

## Fábulas y cuentos en verso

### LA CANGREJA CONSEJERA

—Anda siempre derecha,  
querida hijita  
—mamá Cangreja díjole  
a Cangrejita—;  
para ser buena  
obedece a tu madre  
cuanto te ordena.  
—Madre—responde aquélla—,  
voy a seguirte,  
no quiero en ningún caso  
contradecirte,  
ve tú delante,  
que dándome el ejemplo,  
lo haré al instante.

RAFAEL POMBO

### LOS TRES QUEJOSOS

—Qué mal—gritó la mona—  
que estoy sin rabo!  
—¡Qué mal estoy sin astas!  
—repuso el asno—.  
Y dijo el topo:  
—Más debo yo quejarme,  
que estoy sin ojos.  
No reniegues, Camilo,  
de tu fortuna;  
que otros podrán dolerse  
más de la suya.

## La Edad de Oro

Si se repara,  
nadie en el mundo tiene  
dicha colmada.

J. E. HARTZENBUSCH

### RESPUESTA DE PERO GRULLO

De frailes acompañado  
pasaba un entierro un día,  
y uno, a quien le parecía  
el entierro autorizado,  
a un fraile con inquietud  
—¿Quién ha muerto?—preguntó—,  
y el fraile le respondió:  
—El que va en el ataúd.

AGUSTÍN MORETO

### NO ERA NADA LO DEL OJO

Pegáronle una pedrada  
a un hombre por un enojo,  
tan en buen punto pegada,  
que le echaron fuera un ojo,  
como quien no dice nada.  
Preguntóle al cirujano  
si el ojo, con el dolor,  
perdería; y él, ufano,  
le respondió:—No, señor,  
que yo le tengo en la mano.

ANTONIO DE SOLÍS

(Fábulas y cuentos en verso, Madrid).

## Tío Curro, el de la porra.

Pues señor, ha de saber Ud. que había una vez un hombre que vivía alegremente sin pensar en el día mañana, y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital*, en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda, y sin tener más que treinta días al mes, ni que comer más que las uñas. Por lo tanto se fué poniendo con los ánimos tan caídos que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos decían denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel prestado a su compadre, y se fué al campo a ahorcarse; ató el cordel a un olivo, y cuando se lo iba a echar al pescuezo se le apareció un duendecito vestido de fraile que le dijo:—Hombre, ¿qué vas a hacer?—A ahorcarme; ¿no lo está viendo su mercé?—Con que tú, cristiano, ¿vas a hacer lo que hizo Judas? quita allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa que nunca se ve vacía, y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más palabras y no se agotan éstas en la vida de Dios. Visto lo cual desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta en la que se entró y empezó a pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo; y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de

la mesa y se quedó más dormido que los muertos en campo santo.

El ventero que se había enterado de que la bolsa de la que sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo a su mujer que hiciese otra semejante, le sacó la suya al tío Curro y le puso la que su mujer le había hecho en el bolsillo.

Cuando despertó el tío Curro, se puso en camino y llegó a su casa más alegre que un día de sol.

—¡Alegraos! le gritó a la mujer y a los hijos. Aquí hay dinero largo: se acabaron las miserias.

Metió la mano a la bolsa y la sacó vacía; la volvió a meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templea que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca cogió el cordel y se fué a ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel a la rama del olivo.—¿Qué vas a hacer, cristiano? le dijo la voz del duendecito que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo.—A colgarme aquí como ristra de ajos en techo de cocina, contestó muy en sí el tío Curro.—¿Con que te ha vuelto a faltar otra vez la paciencia?—Sr., si no tengo que comer! —Tu culpa, es tu culpa, pero... adelante. Toma este mantel que con él nunca te ha de faltar que comer. Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares

que eran uno rico y otros más, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tío Curro después de darse un hartagón de los de no puedo más, dobló su mantel y se fué a su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó a dormir. El ventero que lo reconoció, se sospecho desde luego que algo bueno traería; y birlándole el mantel con el salero del mundo le puso otro en su lugar.

Cuando llegó a su casa les gritó a la mujer y a los hijos:—Vamos, vamos a comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar. En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todos colores.

Ahi fué ella! madre e hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro cogió el cordel y se fué a ahorcar.

El que se había de ahorcar, y el frailecito que no, le dió éste una porrita, asegurándole que con ella, todo el mundo le dejaría el alma quieta, y que no tenía más que decirle: *porrita, descomposte* para que todos echasen a correr y lo dejasen en paz, y a sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino para su casa con su porra, más en sí que un alcalde con su vara, y apenas vió venir hacia él a los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer a su madre, cuando le dijo a su porra: *porrita, descomposte*. No bien lo hubo dicho, cuando la porrita empezó a sacudir trancazos a los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos; a ella *porrita*,

dijo el tío Curro, a ella y con coraje, y tal felpa le dió la porrita que la mató.

Avisaron a la justicia y se presentó el alcalde con sus alguaciles. *Porrita descomposte*, dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó a sacudirles tales cachiporrazos que cada uno valía un duro: de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron a correr que suela no les quedó bajo los pies.

Mandóse un propio al rey avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tío Curro, el de la porra. No bien este lo vió venir, cuando dijo: *porrita, descomposte*, y la tiró en medio de las filas. Empezó esta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán: a aquel dejó cojo; a aquel manco; al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los graneros todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron a correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado el tío Curro se echó a dormir, guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado y que se lo llevaban a la cárcel, donde le fué leída su sentencia que era de muerto en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entonces su porrita y le dijo: *porrita, descomposte*, y se la tiró al verdugo que quedó muerto a cachiporrazos. Que suelten a ese hombre, dijo el rey, porque si no, va a acabar con todos mis vasallos;

decidle, que le doy un estado en América con tal que se largue. Así sucedió; le dió S. M. un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita que le quedó por nombre *Matanzas*.

FERNÁN CABALLERO

(Cuentos y poesías populares andaluces).

### Los restos de Bolívar llegan a Caracas

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban sobre la Silla del Avila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de armas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del templo de la Trinidad que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompañado de sus veteranos ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?... Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto.....

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituído al antiguo templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

ARISTIDES ROJAS.

(J. E. Machado: *Siete estudios de Aristides Rojas, Caracas*).

## Los caminos después de las lluvias

Desde que era muy niño, saltaba de alegría,  
cuando la fresca lluvia de los cielos caía.

Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía  
el divino silencio de la melancolía.

Los niños con las manos tapaban sus oídos,  
y oyendo con asombro los profundos sonidos

del corazón que suena como si fuera el mar,  
sentían un deseo supremo de llorar.

Y como por la lluvia, todo era interrumpido,  
se bañaban las cosas en un color de olvido.

Y vagaban las mentes en un ocio divino,  
muy propicio a los cuentos de Simbad el Marino.

Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones...  
con Alí Babá, pasan los cuarenta ladrones.

Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa:  
¡Lámpara de Adalino, lámpara milagrosa!

Y al caer de la lluvia, la criada más antigua  
desgranaba sus cuentos en una forma ambigua.

Otro de los milagros que en la lluvia, yo canto,  
es, que al caer sus linfas se pone un nuevo manto

## La Edad de Oro

mi ciudad que al lavarse... yo pienso en una de esas  
austeras e impecables ciudades holandesas:

Una ciudad lavada, sin polvo, nuevecita,  
donde reza el aseo su plegaria bendita.

Como, *pulvère procul* se lee en los pergaminos  
de un noble de otros tiempos, por todos los caminos,

cuando pasan las lluvias, se alegra y se extasía,  
lejos, lejos del polvo, la profunda alegría:

La de andar sin pecado, por silencios de amor,  
como un dulce ojo de agua de inocente rumor.

Si se libra el camino del polvo—su pecado—  
se vuelve como el santo de Asís, enamorado

de todas las criaturas, de todas las criaturas,  
y a todas les ofrece sus blancas aventuras.

Son todos los caminos como flor de aventura  
para el dulce Quijote de la Triste Figura.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(*Caminos*, Managua).

## Coloquio entre Solón y Creso

Como la corte de Sardes se hallase después de tantas conquistas en la mayor opulencia y esplendor, todos los varones sabios que a la sazón vivían en Grecia emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía a cada uno. Entre todos ellos, el más célebre fué el ateniense Solón; el cual, después de haber compuesto un código de leyes por orden de sus ciudadanos, so color de navegar y recorrer diversos países, se ausentó de su patria por diez años; pero en realidad fué por no tener que abrogar ninguna ley de las que dejaba establecidas, puesto que los atenienses, obligados con los más solemnes juramentos a la observancia de todas las que les había dado Solón, no se consideraban en estado de poder revocar ninguna por sí mismos.

Estos motivos y el deseo de contemplar y ver mundo, hicieron que Solón se partiese de su patria y fuese a visitar al rey Amasis en Egipto, y al rey Creso en Sardes. Este último le hospedó en su palacio, y al tercer o cuarto día de su llegada dió orden a los cortesanos para que mostrasen al nuevo huésped todas las riquezas y preciosidades que se encontraban en su tesoro. Luego que todas las hubo visto y observado prolijamente por el tiempo que quiso, le dirigió Creso este discurso:—«Ateniense, a quien de veras aprecio, y cuyo nombre ilustre tengo bien conocido por la fama de tu sabiduría y ciencia política, y por lo mucho

que has visto y observado con la mayor diligencia, respóndeme, caro Solón, a la pregunta que voy a dirigirte: Entre tantos hombres, ¿has visto alguno hasta de ahora completamente dichoso?» Creso hacía esta pregunta porque se creía el más afortunado del mundo. Pero Solón, enemigo de la lisonja, y que solamente conocía el lenguaje de la verdad, le respondió:—«Sí, señor, he visto un hombre feliz en Tello el ateniense». Admirado el Rey, insta de nuevo:—«¿Y por qué motivo juzgas a Tello el más venturoso de todos?»—Por dos razones, señor, le responde Solón: la una, porque floreciendo su patria, vió prosperar a sus hijos, todos hombres de bien, y crecer a sus nietos en medio de la más risueña perspectiva; y la otra, porque gozando en el mundo de una dicha envidiable, le cupo la muerte más gloriosa, cuando en la batalla de Eleusina, que dieron los Atenienses contra los fronterizos, ayudando a los suyos y poniendo en fuga a los enemigos, murió en el lecho del honor con las armas victoriosas en la mano, mereciendo que la patria le distinguiese con una sepultura pública en el mismo sitio en que había muerto».

Excitada la curiosidad de Creso por este discurso de Solón, le preguntó nuevamente a quien consideraba después de Tello el segundo entre los felices, no dudando que al menos este lugar le sería adjudicado. Pero Solón le respondió:—A dos argivos, llamados Cleobis y Biton. Ambos gozaban en su patria una decente medianía, y eran además hombres robustos y valientes, que habían obtenido coronas en los juegos

y fiestas públicas de los atletas. También se refiere de ellos, que como en una fiesta que los argivos hacían a Juno fuese ceremonia legítima el que su madre hubiese de ser llevada al templo en un carro tirado de bueyes, y éstos no hubiesen llegado del campo a la hora precisa, los dos mancebos, no pudiendo esperar más, pusieron bajo del yugo sus mismos cuellos, y arrastraron el carro en que su madre venía sentada, por el espacio de cuarenta y cinco estadios, hasta que llegaron al templo con ella.

«Habiendo dado al pueblo que a la fiesta concurría este tierno espectáculo, les sobrevino el término de su carrera del modo más apetecible y más digno de envidia; queriendo mostrar en ellos el cielo que a los hombres a veces les conviene más morir que vivir. Porque como los ciudadanos de Argos, rodeando a los dos jóvenes celebrasen encarecidamente su resolución, y las ciudadanas llamasen dichosa a la madre que les había dado el sér, ella muy complacida por aquel ejemplo de piedad filial, y muy ufana con los aplausos, pidió a la diosa Juno delante de su estatua que se dignase conceder a sus hijos Cleobis y Biton, en premio de haberla honrado tanto, la mayor gracia que ningún mortal hubiese jamás recibido. Hecha esta súplica, asistieron los dos al sacrificio y al espléndido banquete y después se fueron a dormir en el mismo lugar sagrado, donde les cogió un sueño tan profundo que nunca más despertaron de él. Los argivos honraron su memoria y dedicaron sus retratos en Delfos considerándolos como a unos varones esclarecidos».

A estos daba Solón el segundo lugar entre los felices; oyendo lo cual Creso, exclamó conmovido:—«¿Conque aprecias en tan poco, amigo ateniense, la prosperidad que disfruto, que ni siquiera me contáis por feliz al lado de esos hombres vulgares?—¿Y a mí, replicó Solón, me hacéis esa pregunta, a mí, que sé muy bien cuán envidiosa es la fortuna, y cuán amiga es de trastornar los hombres? Al cabo de largo tiempo puede suceder fácilmente que uno vea lo que no quisiera, y sufra lo que no temía.

«Supongamos setenta años el término de la vida humana. La suma de sus días será veinticinco mil y doscientos, sin entrar en ella ningún mes intercalar. Pero si uno quiere añadir un mes cada dos años, con la mira de que las estaciones vengan a su debido tiempo, resultarán treinta y cinco meses intercalares, y por ellos mil cincuenta días más. Pues en todos estos días de que constan los setenta años, y que ascienden al número de veintiseis mil doscientos y cincuenta, no se hallará uno solo que por la identidad de sucesos sea enteramente parecido a otro. La vida del hombre ¡oh Creso! es una serie de calamidades. En el día sois un monarca poderoso y rico, a quien obedecen muchos pueblos; pero no me atrevo a daros aún ese nombre que ambicionáis, hasta que no sepa cómo habéis terminado el curso de vuestra vida. Un hombre por ser muy rico no es más feliz que otro que sólo cuenta con la subsistencia diaria, si la fortuna no le concede disfrutar hasta el fin de su primera dicha. ¿Y cuántos infelices vemos entre los hombres opulentos,

al paso que muchos con un moderado patrimonio gozan de la felicidad?

«El que siendo muy rico es infeliz, en dos cosas aventaja solamente al que es feliz, pero no rico. Puede, en primer lugar, satisfacer todos sus antojos; y en segundo, tiene recursos para hacer frente a los contratiempos. Pero el otro le aventaja en muchas cosas; pues además de que su fortuna le preserva de aquellos males, disfruta de buena salud, no sabe qué son trabajos, tiene hijos honrados en quienes se goza, y se halla dotado de una hermosa presencia. Si a esto se añade que termine bien su carrera, ved aquí el hombre feliz que buscáis; pero antes de que uno llegue al fin, conviene suspender el juicio y no llamarle feliz. Désele entre tanto, si se quiere, el nombre de afortunado.

«Pero es imposible que ningún mortal reúna todos estos bienes; porque así como ningún país produce cuanto necesita, abundando de unas cosas y careciendo de otras, y teniéndose por mejor aquel que da más de su cosecha, del mismo modo no hay hombre alguno que de todo lo bueno se halle provisto; y cualquiera que constantemente hubiese reunido mayor parte de aquellos bienes, si después lograre una muerte plácida y agradable, éste, señor, es para mí quien merece con justicia el nombre de dichoso. En suma, es menester contar siempre con el fin; pues hemos visto frecuentemente desmoronarse la fortuna de los hombres a quienes Dios había ensalzado más».

Este discurso, sin mezcla de adulación ni de cortesanos miramientos, desagradó a Cresos, el cual despidió

a Solón, teniéndole por un ignorante que, sin hacer caso de los bienes presentes, fijaba la felicidad en el término de las cosas.

HERODOTO.

*(Los Nueve Libros  
de la Historia)*

## Muerte de Atis

Después de la partida de Solón, la venganza del cielo se dejó sentir sobre Cresos, en castigo, a lo que parece, de su orgullo por haberse creído el más dichoso de los mortales. Durmiendo una noche le asaltó un sueño en que se le presentaron las desgracias que amenazaban a su hijo. De dos que tenía, el uno era sordo y lisiado; y el otro, llamado Atis, el más sobresaliente de los jóvenes de su edad. Este perecería traspasado con una punta de hierro si el sueño se verificaba. Cuando Cresos despertó se puso lleno de horror a meditar sobre él, y desde luego hizo casar a su hijo y no volvió a encargarle el mando de sus tropas, a pesar de que antes era el que solía conducir los lidios al combate; ordenando además que los dardos, lanzas y cuantas armas sirven para la guerra, se retirasen de las habitaciones destinadas a los hombres, y se llevasen a los cuartos de las mujeres, no fuese

que permaneciendo allí colgadas pudiese alguna caer sobre su hijo.

Mientras Creso disponía las bodas, llegó a Sardes un frigio de sangre real, que había tenido la desgracia de ensangrentar sus manos con un homicidio involuntario. Puesto en la presencia del Rey, le pidió se dignase purificarle de aquella mancha, lo que ejecutó Creso según los ritos del país, que en esta clase de expansiones son muy parecidos a los de la Grecia. Concluída la ceremonia, y deseoso de saber quién era y de dónde venía, le habló así:—«¿Quién eres, desgraciado? ¿de qué parte de Frigia vienes? ¿y a qué hombre o mujer has quitado la vida?—Soy, respondió el extranjero, hijo de Midas, y nieto de Gordio: me llamo Adrasto; maté sin querer a un hermano mío y arrojado de la casa paterna, falto de todo auxilio, vengo a refugiarme a la vuestra.—Bien venido seas, le dijo Creso, pues eres de una familia amiga, y aquí nada te faltará. Sufre la calamidad con buen ánimo, y te será más llevadera». Adrasto se quedó hospedado en el palacio de Creso.

Por el mismo tiempo un jabalí enorme del monte Olimpo devastaba los campos de los misios; los cuales, tratando de perseguirle en vez de causarle daño, lo recibían en él nuevamente. Por último, enviaron sus diputados a Creso, rogándole que les diese al príncipe su hijo con algunos mozos escogidos y perros de caza para matar aquella fiera. Creso, renovando la memoria del sueño, les respondió:—«Con mi hijo no contéis, porque es novio y no quiero distraerlo de los cuidados

que ahora le ocupan; os daré, sí, todos mis cazadores con sus perros, encargándoles hagan con vosotros los mayores esfuerzos para ahuyentar de vuestro país el formidable jabalí».

Poco satisfechos quedaron los misios con esta respuesta, cuando llegó el hijo de Creso, e informado de todo, habló a su padre en estos términos:—En otro tiempo, padre mío, la guerra y la caza me presentaban honrosas y brillantes ocasiones donde acreditar mi valor; pero ahora me tenéis separado de ambos ejercicios, sin haber dado yo muestras de flojedad ni de cobardía. ¿Con qué cara me dejaré ver en la corte de aquí en adelante al ir y volver del foro y de las concurrencias públicas? ¿En qué concepto me tendrán los ciudadanos? ¿Qué pensará de mí la esposa con quien acabo de unir mi destino? Permitidme, pues, que asista a la caza proyectada, o decidme por qué razón no me conviene ir a ella.

—Yo, hijo mío, respondió Creso, no he tomado estas medidas por haber visto en ti cobardía, ni otra cosa que pudiese desagradarme. Un sueño me anuncia que morirás en breve traspasado por una punta de hierro. Por esto aceleré tus bodas, y no te permito ahora ir a la caza por si logro, mientras viva, libertarte de aquel funesto presagio. No tengo más hijo que tú, pues el otro, sordo y estropeado, es como si no le tuviera.

—Es justo, replicó el joven, que se os disimule vuestro temor y la custodia en que me habéis tenido después de un sueño tan aciago; mas permitidme, señor,

que os interprete la visión, ya que parece no la habéis comprendido. Si me amenaza una punta de hierro, ¿qué puedo temer de los dientes y garras de un jabalí? Y puesto que no vamos a lidiar con hombres, no pongáis obstáculo a mi marcha.

—Veo, dijo Creso, que me aventajas en la inteligencia de los sueños. Convencido de tus razones, mudo de dictamen y te doy permiso para que vayas a caza.

En seguida llamó a Adrasto, y le dijo:—No pretendo, amigo mío, echarte en cara tu desventura: bien sé que no eres ingrato. Recuérdote solamente que me debes tu expiación, y que hospedado en mi palacio te proveo de cuanto necesitas. Ahora en cambio exijo de ti que te encargues de la custodia de mi hijo en está cacería, no sea que en el camino salgan ladrones a dañaros. A ti, además, te conviene una expedición en que podrás acreditar el valor heredado de tus mayores y la fuerza de tu brazo.

—Nunca, señor, respondió Adrasto, entraría de buen grado en esta que pudiendo llamarse partida de diversión desdice del miserable estado en que me veo, y por eso héme abstenido hasta de frecuentar la sociedad de los jóvenes afortunados; pero agradecido a vuestros beneficios, y debiendo corresponder a ellos, estoy pronto a ejecutar lo que me mandáis, y quedad seguro que desempeñaré con todo esmero la custodia de vuestro hijo, para que torne sano y salvo a vuestra casa.

Dichas estas palabras, parten los jóvenes, acompañados de una tropa escogida y provistos de perros de

caza. Llegados a las sierras del Olimpo, buscan la fiera, la levantan y rodean, y disparan contra ella una lluvia de dardos. En medio de la confusión, quiere la fortuna ciega que el huésped purificado por Creso de su homicidio, el desgraciado Adrasto, disparando un dardo contra el jabalí, en vez de dar en la fiera, dé en el hijo mismo de su bienhechor, en el príncipe infeliz que, traspasado con aquella punta, cumple muriendo la predicción del sueño de su padre. Al momento despachan un correo para Creso con la nueva de lo acaecido, el cual llegado a Sardes, dále cuenta del choque y de la infausta muerte de su hijo.

Túrbase Creso al oír la noticia, y se lamenta particularmente de que haya sido el matador de su hijo aquel cuyo homicidio había él expiado. En el arrebató de su dolor invoca al Dios de la expiación, al Dios de la hospitalidad, al Dios que preside a las íntimas amistades, nombrando con estos títulos a Júpiter, y poniéndole por testigo de la paga atroz que recibe de aquel cuyas manos ensangrentadas ha purificado, a quien ha recibido como huésped bajo su mismo techo, y que escogido para compañero y custodio de su hijo, se había mostrado su mayor enemigo.

Después de estos lamentos llegan los lidios con el cadáver, y detrás el matador, el cual, puesto delante de Creso, le insta con las manos extendidas para que le sacrifique sobre el cuerpo de su hijo, renovando la memoria de su primera desventura, y diciendo que no debe vivir, después de haber dado la muerte a su mismo expiador. Pero Creso, a pesar del sentimiento

y luto doméstico que le affige, se compadece de Adrasto y le habla en estos términos:—Ya tengo, amigo, toda la venganza y desagravio que pudiera desear, en el hecho de ofrecerte a morir tú mismo. Pero ¡ah! no es tuya la culpa, sino del destino, y quizá de la deidad misma que me pronosticó en el sueño lo que había de suceder.

Creso hizo los funerales de su hijo con la pompa correspondiente; y el infeliz hijo de Midas y nieto de Gordio, el homicida involuntario de su hermano y del hijo de su expiador, el fugitivo Adrasto, cuando vió quieto y solitario el lugar del sepulcro, condenándose a sí mismo por el más desdichado de los hombres, se degolló sobre el túmulo con sus propias manos.

Creso, privado de su hijo, cubrióse de luto por dos años.

#### HERODOTO

(*Los Nueve Libros  
de la Historia*)

### El espejo de Matsuyama

Mucho tiempo há vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llama Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vió obligado a ir a la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al

ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

—A ti—dijo a su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo a una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves:—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.—Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer en el presente, pasó algunos días mirándose a cada momento, porque como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para ser usada

de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engrair a la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó el día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su marido y a su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo

que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió además el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su

propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante a la de su difunta madre.

JUAN VALERA

(Cuentos.)

## Epigramas

—¿Dónde está, qué señas tiene  
el pueblo que me ha nombrado?  
preguntaba un diputado  
de aquellos de *por conviene*.  
¿Qué importa eso? digo yo,  
con tal que sus dietas goce:  
tampoco a él lo conoce  
el pueblo que lo nombró!

Tiene un librito un mandón  
en una urna y de hito en hito  
lo observa y mira; el librito  
es nuestra Constitución.  
Nunca abrió el librito aquel;  
y así digo sin reserva  
que nadie guarda y observa  
la Constitución como él.

Ya el empleo apetecido  
logras y te felicitas,

al Ministro lo has debido.  
¿Qué es lo que has hecho?—Visitas.

De cierta murmuradora  
Gaspar a un sastre decía:  
—Su lengua te serviría  
de tijera cortadora.  
Y él contesta:—A mí, Gaspar,  
maldita cuenta me hiciera.  
—¿Por qué?—Porque esa tijera  
muerde y destroza al cortar.

Queriendo Dios castigar  
a una ciudad criminosa,  
mandó a Lot que con su esposa  
saliese de aquel lugar.

Mas a ésta le fué vedado  
so pena de eterno enojo,  
mirar, ni aun de rabo de ojo,  
do ardía el pueblo incendiado.

La dura ley respetó  
sólo un minuto por junto.  
A los dos miró... y al punto  
allí en sal se convirtió.

Si cupiese suerte igual  
a toda mujer curiosa,  
no habría en el mundo cosa  
más barata que la sal.

FRCO. ACUÑA DE FIGUEROA

—Qué es el honor, Marcenal?  
—Una cosa descuidada  
en singular, y buscada  
continuamente en plural.

W. P. BERMÚDEZ

BARRAGELATA: *Una centuria  
literaria*, Paris)

## Los árboles

Yo,—dijo Pepito,—quisiera ser:  
Trabajador como una hormiguita.  
Perseverante como una abeja.  
Alegre como una mariposa.  
Útil como un gusanito de seda.  
Fiel como «Titán». <sup>(1)</sup>  
Bueno como «Abel». <sup>(2)</sup>

Valiente como la gallina, cuando alguien va a sacarle uno de sus pollitos.

—Pues yo,—contestó el tío Carlos, que los escuchaba sonriendo—desearía ser tan digno de admiración y amor como un árbol, que en sí reúne todas las condiciones de que habla Pepito: porque es trabajador, puesto que brota y florece constantemente: perseverante, pues primavera tras primavera da hojas y ramas

(1) Un perro.

(2) Un corderito

nuevas aunque el invierno y los leñadores se las quiten todos los años; útil y bueno porque purifica el aire, proporciona leña y madera, da sombra, cobija nidos; alegre, porque es verde y rumoroso; fiel, pues echa hondas raíces donde se le planta; valiente, porque resiste las tormentas, los huracanes, las heladas, los ardientes soles, las noches solitarias y negras. Y por todo esto junto: es también dadivoso, caritativo, optimista, paciente. Y, ¡cuánto bien hace al corazón del hombre dándole también el espectáculo de su vigor, de su belleza, de su salud! ¿No les parece a ustedes que sería muy hermoso poder reunir en nosotros todas las cualidades de un árbol?

Los cuatro niños convinieron en que el tío Carlos había dicho una gran verdad.

JUANA DE IBARBOUROU.

(Ejemplario. Montevideo).

## Llévalo de amor

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

Adolescente, joven, viejo, siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, ve a buscar al amor.

No pienses: «sufiré».

No pienses: «me engañarán».

No pienses: «dudaré»

Ve, simplemente, diáfaramente, regocijadamente en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas..., pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor.

El lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

AMADO NERVO

(Plenitud)

## Enciende tu lámpara

En cuanto caiga la noche, enciende tu lámpara.

No permanezcas en la oscuridad.

Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase, dirá: «cuánto reposo debe haber cerca de esa luz; y cuánta paz».

La mujer solitaria que la distinga de lejos, pensará: «allí debe anidar el amor; dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blando...»

El niño que la contemple exclamará: «tal vez hay niños en redor de la mesa y leen bellos cuentos y miran maravillosas estampas».

El ladrón furtivo murmurará con recelo: «allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva».

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por tu luz.

En verdad te digo que es misericordioso, a las primeras sombras, encender nuestra lámpara: la buena lámpara de que el Padre ha provisto a los caminantes de la vida.

AMADO NERVO

(Plenitud)

## Excelsior

¡Niño, cree en ti! La firme confianza en el propio valer el triunfo da; uno mismo es factor de su esperanza y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia el lugar que tu espíritu te dió: el puesto que te asigne tu conciencia ese ha de ser el que te asigne Dios.

Haz lo que grandes hombres siempre han hecho en la noble locura del ideal: tener altos anhelos en el pecho e ir hasta el fin sin vacilar jamás.

¡Ayúdate! No entregues tu destino al acaso o a ajena protección: tu propia voluntad es el camino y la fuerza tu propio corazón.

No sólo es héroe el que en febril combate obtiene un triunfo de sangrienta lid; más grande es el que lucha y no se abate, el que mira de frente al porvenir.

Lo que eleva a la cumbre desde abajo, la recta escala que conduce al bien, es la virtud, la ciencia y el trabajo movidos por la fuerza del deber.

Trabajar es vivir, y en lontananza ha de haber un objeto, un ideal;

pues lo que alienta al hombre en la esperanza  
es la voz que le dice; ¡más allá!

El que vacila, el que su afán no sabe  
cual es la ruta que conduce a un fin,  
es como en negra tempestad el ave  
que arrastra el huracán hasta morir.

¿Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo  
de nuestra voluntad está el poder;  
¡y quedan tantas cosas en el mundo  
que nosotros pudiéramos hacer!

¡Sueña, ten fe y trabaja! Su desaire  
la suerte no lo muestra al que soñó:  
hacer altos castillos en el aire  
no es locura cuando es aspiración.

Alzate, sí; pero egoísta idea  
no manche el timbre de esfuerzo audaz;  
piensa en ti mismo y en los otros; sea  
tu más alta pasión la humanidad.

ISAÍAS GAMBOA

(Flores de Otoño)

### Todo se utiliza en el algodónero

Es inútil preguntar para qué sirven las hebras  
del algodón. La flotante pelusilla viste a la humanidad. Pero es mejor que lo digan otros:

*Componé la vestidura de la humanidad. Satisface al gusto refinado y a la vida nómada; a todas las civilizaciones, igual que a los salvajes.* (Pierre Baudin).

*Es el material más barato que se conoce. SU DESARROLLO FUTURO NO TIENE LÍMITES* (*The British Trade*, de Londres).

*Ninguna sustancia textil, animal o vegetal, desempeña tan considerable papel como el algodón, en la economía de las sociedades modernas.* (Pizzeta).

De aquí el empeño de Norte-América en invadir el mundo con su algodón. En 1900 produjo por valor de 280.000.000 de dollars. En 1901 produjo 490.000.000. ¡Inútil empeño! La preciosa pelusilla es más buscada cada día, y cuesta más, como veremos en seguida.

No es todo.

Aparte de los hilitos finos que forman la *borra*, hay otras cosas. La imaginación guaraní hizo bien en bordar una hermosa leyenda para divinizar la hermosa planta.

Las otras cosas son el—

*Tallo* y sobre todo *las hojas*. Son forrajes. Están en el rango del rastrojo del maíz, arroz, avena, trigo. Cinco toneladas de tallos producen una de corteza dando casi 1500 libras de fibras. Y hay la—

*Semilla*. La semilla desde luego contiene:

*Aceite*. Una tonelada de semilla da 300 libras de aceite que se aplica al alumbrado y es de agradable gusto; refinado se come. En la Farmacia sustituye al aceite de olivo; refinado es lubricante; el residuo se emplea para fabricar jabón que se recomienda en el lavado de lana. En los Estados Unidos, la exportación de manteca sólo ha aumentado en 37<sup>0</sup>/<sub>100</sub> de 1884 a 1894, pero la del aceite de algodón ha subido en un 162<sup>0</sup>/<sub>100</sub>.

La parte que queda después de extraído el aceite, da—

*Harina.* Esta harina es muy alimenticia. Contiene 43,26<sup>0</sup>/<sub>0</sub> de proteína o materia nitrogenada, 22,31<sup>0</sup>/<sub>0</sub> de materia no nitrogenada y 13,45<sup>0</sup>/<sub>0</sub> de grasa. Se cree que esta harina excede en fuerza alimenticia a la del maíz y trigo. Se usa como fertilizante y en este sentido vale tanto como el pescado seco o la carne picada (Storer). Sirve así mismo para destetar a los terneros. En Europa se usa para alimentar a los animales: el estiércol, entonces, es abono fuerte. Queda de la semilla la—

*Cáscara.* Buena para la digestión de los rumiantes (Kilgose). Sustituye con ventaja al heno. Vale también como combustible en las máquinas. Todavía hay:

*La corteza de las raíces.* Contiene un principio que se ha usado en medicina (Gossypii radices cortex U. S. Ph).

*La ceniza* del algodónero es rica en potasa (23,40<sup>0</sup>/<sub>0</sub>) y en ácido fosfórico (9,08<sup>0</sup>/<sub>0</sub>). Es un abono.

*Es posible que el algodón se cultive tanto por su semilla como por su fibra.*

*The British Trade,* decía: *El cultivo del algodón ofrece productos colaterales de gran valor, como son las semillas de que se extraen el aceite y el alimento preparado para el ganado, así como el lino que es una fibra de la simiente.*

Con lo que da la semilla puede pagar el agricultor paraguayo los gastos de producción (Dr. Bertoni). En utilizándolo todo, puede pagar hasta el interés. La fibra sería ganancia según atino.

Lo curioso es que una plantita humilde sirva para tantas cosas,—tejido, forraje, aceite, jabón, harina, combustible, abono. Es como la vaca en que no se desper-

dicia nada: ni la carne, ni el cuero, ni los huesos, ni la uña, ni la leche, ni los cuernos, ni la bosta. No hay cosa que no haga la ciencia aplicada.

MANUEL DOMÍNGUEZ

*(El Algodón: su producción en el Paraguay. 1903).*

## La historia del carbunco

Oíd, esta es la historia del carbunco, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico.

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incesante, los niños forman corro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal de la tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene, de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la tía Romana! Conoce *La Estanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapa...* el mundo entero. ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado *El pájaro del dulce canto, El caballo de siete colores, La Bella y la Fiera,* correrías de Partideño y de Pedro Cosme; mil cuentos y leyendas que nos hacen soñar

con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

Oid, esta es la historia del carbunco:

«El carbunco vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

»No hay minas de carbuncos, ni alumbran nunca por el día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbuncos muertos. Porque el carbunco es vivo. ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbuncos.

»A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunco, entra en las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante como una brasa con alas.

»Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunco?

«Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbunco. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina—porque primero, se pone en la cocina—sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra

saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

»Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

»Cambia de color a cada instante: ya es una roja granada, ya un gran ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amastita, un rubí, un topacio... El carbunco dá todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma...

»Es de tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella...»

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando en el carbunco, en el ave de fuego, en el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...

ALBERTO MASFERRER

(Niñerías).

## Creso en poder de Ciro

Los persas, dueños de Sardes, se apoderaron también de la persona de Creso, que habiendo reinado catorce años y sufrido catorce días de sitio, acabó puntualmente, según el doble sentido del oráculo, con un grande imperio, pero acabó con el suyo. Ciro, luego que se lo presentaron, hizo levantar una grande pira, y mandó que le pusiesen encima de ella cargado de prisiones, y a su lado catorce mancebos lidios, ya

fuese con ánimo de sacrificarle a alguno de los dioses como primicias de su botín, ya para concluir algún voto ofrecido, o quizá habiendo oído decir que Creso era muy religioso, queria probar si alguna deidad le libertaba de ser quemado vivo: de Creso cuentan que, viéndose sobre la pira, todo el horror de su situación no pudo impedir que le viniese a la memoria el dicho de Solón, que parecía ser para él un aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz. Lo mismo fué asaltarle este pensamiento, que como si volviera de un largo desmayo exclamó por tres veces: —*¡Oh, Solón!* con un profundo suspiro. Oyéndole el rey de Persia, mandó a los intérpretes le preguntasen quién era aquel a quien invocaba. Pero él no desplegó sus labios, hasta que forzado a responder dijo:—«Es aquel que yo deseara tratasen todos los soberanos de la tierra, más bien que poseer inmensos tesoros». Y como con estas expresiones vagas no satisficiera a los intérpretes, le volvieron a preguntar, y él viéndose apretado por las voces y alboroto de los circunstantes, les dijo: que un tiempo el ateniense Solón había venido a Sardes, y después de haber contemplado toda su opulencia, sin hacer caso de ella le manifestó cuanto le estaba pasando, y le dijo cosas que no sólo interesaban a él sino a todo el género humano, y muy particularmente a aquellos que se consideran felices. Entre tanto la pira, prendida la llama en sus extremidas, comenzaba a arder; pero Ciro luego que oyó a los intérpretes el discurso de Creso, al punto mudó de resolución, reflexionando ser

hombre mortal, y no deber por lo mismo entregar a las llamas a otro hombre, poco antes igual suyo en grandeza y prosperidad. Temió también la venganza divina y la facilidad con que las cosas humanas se mudan y trastornan. Poseído de estas ideas, manda inmediatamente apagar el fuego y bajar a Creso de la hoguera y a los que con él estaban; pero todo en vano, pues por más que lo procuraban, no podían vencer la furia de las llamas.

Entonces Creso, según refieren los lidios, viendo mudado en su favor el ánimo de Ciro, y a todos los presentes haciendo inútiles esfuerzos para extinguir el incendio, invocó en alta voz al dios Apolo, pidiéndole que si alguna de sus ofrendas le había sido agradable, le socorriese en aquel apuro y le libertase del desastrado fin que le amenazaba. Apenas hizo llorando esta súplica, cuando a pesar de hallarse el cielo sereno y claro, se aglomeraron de repente nubes, y despidieron una lluvia copiosísima que dejó apagada la hoguera. Persuadido Ciro por este prodigio de cuán amigo de los dioses era Creso, y cuán bueno su carácter, hizo que le bajasen de la pira, y luego le preguntó:—«Dime, Creso, ¿quién te indujo a emprender una expedición contra mis Estados convirtiéndote de amigo en contrario mío?—Esto lo hice, señor, respondió Creso, impelido de la fortuna, que se te muestra favorable y a mí adversa. De todo tiene la culpa el dios de los griegos, que me alucinó con esperanzas halagüeñas; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra a las dulzuras de la paz? En ésta los hijos dan sepultura a sus padres, y

en aquélla son los padres quienes la dan a sus hijos. Pero todo debe haber sucedido porque algún numen así lo quiso».

Libre Creso de prisiones, le mandó Ciro sentar a su lado, y le dió muestras del aprecio que hacía de su persona, mirándole él mismo y los de su comitiva con pasmo y admiración.

*(Los Nueve Libros  
de la Historia).*

HERODOTO.

### La molinera

Por la senda llana, los dos, tras, tras, tras,  
van un rucio y una viejecica errante:  
van los dos ligeros, dale que le das,  
antes que anochezca, mudos; tras, tras, tras,  
detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino:  
ochenta años cuenta, ¡bien cumplido estoll!  
y está alegre, en este goce matutino,  
tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino  
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca  
el rucio lustroso de parda color;  
no le herraron nunca, nunca usó retranca:  
y tras, tras, le aguija la viejuca blanca  
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta,  
tras, tras, ¡qué recuerdos de antigua quietud!  
mi abuelica ciega se me representa:  
yo era de seis años, ella era de ochenta;  
quien me hizo la cuna, le hizo el ataúd.

Y tras, tras, tú sigues, lindo borriquito...  
¡Para mis rapazas traédme aquí!  
Nada más gracioso, nada más bonito:  
cuando fué la Virgen camino de Egipto,  
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, ¡es ya tarde, molinera santa!  
Nacen las estrellas, clara muchedumbre...  
Tras, tras... que mañana, cuando el gallo canta,  
madre molinera, corre y se levanta,  
a vestir los nietos y encender la lumbre.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea,  
¡cómo trisca, al logro del camino llano!  
ganas me dan, viendo su humilde ralea,  
deirme a a la parroquia blanca de la aldea,  
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras y la molinera abuela  
va toda empolvada, como a un festival:  
porque la empolvaron la cara y la tela,  
con callada harina la sonante muela,  
los ángeles rubios con claror astral.

Tras, tras, el boricario sigue su camino...  
¡y qué remembranzas va dejando en pos!  
Contaba mi abuela, con su hablar cansino,  
que era así, como éste, de manso, el pollino  
que adoró en las pajas al Infante Dios.

Anochece... Suenan los bronces lejanos...  
¡molinera blanca, de blancor de luna!  
Tras, tras... y por verte pasar, tus hermanos  
los astros, entreabren, piadosos y humanos,  
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras, y mirando, blancura divina,  
entre las estrellas la luna sin velo,  
piensa el rucio: «¡Dios me valga, vecina!  
¿quién será el que muele tanta rubia harina  
con la muela blanca que está allá, en el cielo?...»

GUERRA JUNQUEIRO

(*Los Simples*. Trad.  
de E. Marquina).

## Solidaridad

Dispone Cristo que el que tenga dos túnicas regale una al que no posea ninguna, y a su pesar repara cuán enorme es la desigualdad. No aciertas tú a ir vestido sino de seda, en tanto a otro le falta hasta un retazo de estameña para cubrir su desnudez; encontrando ásperas y groseras para ti las pieles de carnero, de oveja o de cordero, te abrigas con las más finas de ciervo, de leo-

pardo o de nutria del Ponto, en tanto tu prójimo se estremece de frío, encogido hasta la mitad de cuerpo por los rigores del invierno. Tú, agobiado de oro y pedrería, ¿no acudirás, ni con un real, a salvar la vida del necesitado? A ti, por razón de la hartura, te enojan y provocan a vómito los capones, perdices y demás manjares igualmente costosos y delicados, mientras que tu hermano, desfallecido e inválido, no halla para aplacar su hambre y la de su infeliz mujer y de sus hijuelos ni siquiera un pan de salvado, inferior en calidad al que tú destinas a los perros. Encuentras angostas para ti viviendas tan espaciosas que habrían bastado a aposentar comitivas de los antiguos reyes y tu pobre hermano no tiene donde recogerse a descansar durante la noche y vives sin temor de que algún día puedan lanzarte al rostro aquellas severas palabras del Evangelio: «Hijo, tú recibiste ya tu parte de bienes en esta vida».

En verdad que del mismo modo que es vergonzosa cosa que un padre de familia deje a alguno de los suyos sufrir hambre o desnudez o el sonrojo de la miseria y vileza del vestido en el seno de la opulencia de su casa, no es conveniente que en ciudad rica toleren sus magistrados que ciudadano alguno sea maltratado de la miseria y de la hambre.

No es tolerable en ciudad alguna cristiana y ni aún en las de los gentiles donde se viva conforme a humanas costumbres, que en tanto unos nadan en la abundancia, gastando miles y miles en construir un sepulcro, una torre o un bastimento, útil sólo a su vanidad, o en banquetes y otras ostentaciones, peligre

por falta de 50 o de 100 florines la salud y aún la vida de un hombre de bien y que un pobre padre de familia se vea tristemente forzado a desamparar a su mujer y a sus tiernos hijos.

JUAN LUIS VIVES

(Dantin Cereceda:  
*Lecturas Agrícolas*).

## El alma de Judas

Refieren añejas crónicas que el apóstol que vendió a Cristo echó, después de su delito, cuentas consigo mismo, y vió que el mejor modo de saldarlas era arrojar las treinta monedas y hacer zapatetas, convertido en racimo de árbol.

Realizó su suicidio, sin escribir antes, como hogaño se estila, epístola de despedida, y su alma se estuvo horas y horas tocando a las puertas del purgatorio, donde por más empeños que hizo se negaron a darle posada.

Otro tanto le sucedió en el infierno, y desesperada y tiritando de frío regresó al mundo buscando donde albergarse.

Acertó a pasar por casualidad un usurero, de cuyo cuerpo hacía tiempo que había emigrado el alma cansada de soportar picardías, y la de Judas dijo:—aquí que no peco—, y se apocentó en la humanidad del avaro. Desde entonces se dice que los usureros tienen alma de Judas.

RICARDO PALMA

(*Tradiciones peruanas*).

## La lluvia

A Nonia le gustan mucho los días hermosos. Si por ella fuera, no llovería nunca. Pero, es que Nonia es muy pequeña aún y no comprende lo necesaria que es la lluvia. El agua hace crecer el trigo con el que se elabora el pan, y convierte en frutos jugosos las florecitas del naranjo, del duraznero, del peral y de los demás árboles frutales. Además, hace brotar y mantiene verde la hierba de los campos con lo que las vacas pueden producir la leche, sin la cual tomaríamos el café negro y no se harían postres de crema. Si faltara el agua, nos moriríamos todos: quizás no existiría el mundo. Y si existiera, ¡qué mundo tan triste había de ser, sin plantas, sin pájaros, sin ríos, sin gente, sobre todo sin gente bonita: pues la limpieza nos hace agradables y hasta hermosos.

Queridos niños: amad mucho al agua, que es tan útil, tan fresca, tan cantarina. Así que Nonia sea más crecida, comprenderá también lo necesaria que es, y cuando haya sequía tendrá vivos deseos de que vengán a cumplir su obligación las nubes llamadas *nimbos*, que son las que traen la lluvia.

JUANA DE IBARBOUROU

(*Ejemplario, Montevideo*)

## Dar

Todo hombre que te busca, va a pedirte algo.

El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: «¡qué fastidio!»

¡Infeliz! ¡La LEY escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR! ¡tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día te pareces a ÉL, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: «¡Gracias porque puedo dar, Padre mío!; ¡nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!»

\* \* \*

«¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!»

AMADO NERVO

(Plenitud)

## INDICE

	<u>Pgns.</u>
AFANASIEV: La Zorra, la Liebre y el Gallo.....	89
ANÓNIMO: Romance del Conde Arnaldos.....	43
AZORÍN: La raposa mortecina.....	14
BANCHS, ENRIQUE: La gaviota.....	71
BORQUEZ SOLAR, A.: Las flores.....	73
BRENES MESÉN, R.: Sueño de Cádiz.....	111
CABALLERO, FERNÁN: Tío Curro, el de la porra.....	116
CAJAL, RAMÓN Y: En el cuarto oscuro.....	39
CALDAS, FRCO. JOSÉ DE: La nivelación de la papa y del maíz.....	95
CASTILLO LENDÓN, LUIS: El cacao.....	92
DARWIN, CARLOS: Darwin se siente avergonzado.....	60
»           »           El jaguar.....	107
DOMINGUEZ, MANUEL: Todo se utiliza en el algodonero.....	146
GAMBOA, ISAÍAS: Excelsior.....	145
GÓMEZ, MÁXIMO: Carta.....	78
GUIDO Y SPANO, CARLOS: At home.....	86
GUZMÁN, ERNESTO A.: Agua de riego.....	29
HERODOTO: La aventura de Arión.....	27
»           »           Coloquio entre Solón y Creso.....	124
»           »           Muerte de Atis.....	129
»           »           Creso en poder de Ciro.....	151
IBARBOUROU, JUANA DE: El vestido de doña Rana.....	6
»           »           Los juegos.....	33
»           »           Sobre las abejas.....	69
»           »           Los árboles.....	141
»           »           La lluvia.....	159
JUNQUEIRO, GUERRA: La molinera.....	154
LAVAL, RAMÓN A.: Cuentos chilenos de nunca acabar.....	79
LUGONES, LEOPOLDO: El poder de la ilusión.....	34
»           »           La burra coja.....	61

MACHADO, MANUEL: Castilla .....	75
MARTÍ, JOSÉ: El cuento de los cuatro ciegos.....	3
» » Cultivo una rosa blanca.....	10
» » Tiene el leopardo un abrigo.....	18
» » Los dos príncipes .....	41
» » Carta a su madre.....	77
» » Petronia Revolorio .....	111
MASFERRER, ALBERTO: La historia del carbunco.....	149
MISTRAL, GABRIELA: El cardo .....	11
» » Obrerito.....	67
MONTALVO, JUAN: Elogio de la pobreza.....	8
» » Sin buena voluntad, no hay caridad .....	82
NERVO, AMADO: Llénalo de amor.....	143
» » Enciende tu lámpara .....	144
» » Dar .....	160
PALMA, RICARDO: Anécdota .....	17
» » La fiesta de San Simón Garabatillo.....	53
» » El alma de Judas .....	158
PALLAIS, H. A.: Los caminos después de la lluvia.....	122
QUIROGA, HORACIO: El loro pelado .....	19
» » La abeja haragana .....	98
ROJAS, ARISTIDES: El florero de los dos Washington .....	65
» » Los restos de Bolívar llegan a Caracas.....	120
TOLSTOI, LEÓN: La leyenda del rico .....	36
UNAMUNO, MIGUEL DE: Parábola de los segadores .....	70
URIBE, J. ANTONIO: San Francisco y los pájaros .....	50
SAN FRANCISCO DE ASÍS: Cántico de las criaturas.....	48
VALERA, JUAN: El pescadorcito Urashima .....	43
» » El espejo de Matsuyama .....	139
VARIOS AUTORES: Fábulas y cuentos en verso .....	58 y 114
» » Epigramas.....	139
VARONA, ENRIQUE J.: Emerson deja su ministerio sacerdotal.....	64
VILLANUEVA, LAUREANO: Clemencia del Mariscal Sucre.....	30
VIVES, JUAN LUIS: Solidaridad .....	156
WHITMAN, WALT: Yo escucho el canto de la América .....	97